

dos por el califa Walid para erigir el sepulcro de Mahoma y edificar pórticos y mezquitas que comunicaron su magnificencia al arte árabe. En el siglo XV el griego Cristopulos construyó la mezquita de Muhammedjé y en recompensa recibió en propiedad una calle de Constantinopla. El veneciano Gentile Bellini fué pintor de Mahomet II. El palacio del Imán de Mascate y el de Aguas-Dulces de Constantinopla se deben á artistas de occidente y, entre otros, los nombres franceses de Vouet, Carrey. Roberto de Cotte, Laurecisque, Séchan, Rouillard, Bonheur, Percheron, Pascal Coste, Marilhat, Barillet, Baudry, Jacquemart, Frère, Clement y Dubray se han hecho inseparables de cuanto ha creado el arte en la Turquía contemporánea.

Entre los nacionales mismos del imperio, entre los conquistadores y los pueblos ven-

cidos, entre los otomanos y las poblaciones griegas, latinas, eslavas, indias y semitas el abismo es más profundo que el que abre una frontera entre dos estados. Y á pesar de eso, es máxima en Turquía que para ocupar los primeros puestos en el gobierno hay que ser hijo de cristiano, y, “si el poder musulmán ha humillado á tantas naciones no hay que atribuirlo al carácter indolente y grosero de la raza turca, sino al espíritu sutil y diestro de los griegos y de los eslavos, á la intrepidez de los albaneses y de los dálmatas, á la perseverancia de los bosnios y de los croatas, en una palabra, al valor y al talento de las poblaciones sojuzgadas.”<sup>1</sup>

Ningún pueblo de oriente excede al osmanlí en pasiones rencorosas y en despre-

<sup>1</sup> Ranke, *Histoire de la Révolution Serbe*.

cio por el blanco y el cristiano. El Gran Señor, *refugio del mundo y sombra de Dios en la tierra*, veía las alianzas directas con los príncipes cristianos como sacrilegios y llamaba capitulaciones á los tratados;<sup>1</sup> las autoridades de alta ó baja categoría, á pesar del hattí-humayun de 1856, aun emplean en el lenguaje oficial calificativos injuriosos ó groseros para designar á los cristianos,<sup>2</sup> y la plebe multiplica las pruebas sangrientas de su inmutable fanatismo. Pero en cuanto la naturalización ó el cambio de creencia

<sup>1</sup> "El Gran Señor por un sentimiento de orgullo mal entendido y so pretexto de religión se niega á celebrar tratados con los príncipes cristianos, á quienes considera sus inferiores. Las capitulaciones lo satisfacen más, porque las cree actos de su voluntad exclusiva que él puede restringir ó anular libremente y sin ceremonia." *Mémoires du Chevalier d'Arvieux*.

<sup>2</sup> "Como consecuencia, dice un ministro al sultán, de las mil arterias y calumnias que se acuerdan con la índole perversa de esa manada de cochinos," y un cadí expide á un sacerdote armenio el siguiente permiso para inhumar á un cristiano: "Permiso al padre de Marie para enterrar la impura y fétida osamenta del llamado Saidah, que se condenó hoy mismo."

introduce al extranjero ó al nacional de otro culto en la comunión musulmana, toda causa de aversión desaparece é incapaces ellos de quebrantar compromisos libremente contraídos, jamás suponen tal perfidia en los demás.

Este doble sentimiento: de repulsión por el hombre de otro país y de otra religión, de hospitalidad por ese mismo hombre naturalizado ó convertido, es característico del oriente. Costumbres inmemoriales lo consagran y el Corán, que en Turquía se confunde con la ley civil, lo sanciona y lo exalta á cada paso: "Cuando encontréis á los infieles, combatidlos hasta hacer gran mortandad y apretad los hierros de los cautivos que hayáis hecho."<sup>1</sup> "Los habitantes de Medina, que fueron los primeros en recibir la fe, aman á los creyentes que les piden

<sup>1</sup> El Corán, cap. XLVII. vers. 4.

un asilo. Ellos no lamentan la parte de botín que les dan. Olvidando sus propias necesidades, prefieren sus huéspedes á ellos mismos. La felicidad será el premio de los que hayan cerrado su corazón á la avaricia.”<sup>1</sup>

Grecia, subyugada por los turcos desde la caída de Bizancio, parecía abandonada á su suerte injusta y terrible. Los plenipotenciarios del congreso de Viena, “que emplearon un año en proveer á la Europa de malas leyes,”<sup>2</sup> no aceptaron las tentativas de Rusia en favor de los helenos, y cuatro siglos pasados bajo la cimitarra musulmana habían dejado desierta la ágora que en otro tiempo oyó exclamar á Demóstenes: “¡No, atenienses, vuestro valor no ha flaqueado en la lucha por la libertad de

<sup>1</sup> El Corán, cap. LIX. vers. 9.

<sup>2</sup> A. Debidour, *Histoire Diplomatique de l'Europe*.

Grecia. Yo lo juro por los que murieron en las Termópilas, por los que vencieron en Maratón!”

El espíritu de independencia no se había extinguido sin embargo. Perseguido en las ciudades se refugiaba en las celdas ignoradas de los monasterios, donde los cenobitas lo guardaban como el fuego sagrado de la redención; se defendía en los desfiladeros del Pindo, del Parnaso y de los montes mesenios y laconios con los *kleptes* y *pallekarions* que preferían la vida salvaje y libre en las montañas á la miserable existencia del *raia* y del *ghiaur*; y creaba, con los armadores y negociantes griegos del Mediterráneo, la *hetaireia* que arrancó por fin á la molición los habitantes del Peloponeso, del Atica, de la Beocia y de las islas é interesó al mundo en la resurrección de la patria, santificada por el in-

fortunio y embellecida por la poesía de los recuerdos y el prestigio de la antigüedad.

Los griegos que comenzaron esa lucha no eran los griegos degenerados del Bajo Imperio que traicionaron á Godofredo de Bouillon, á Luis el Joven y á Ricardo Corazón de León, ni los que prosternados en Santa Sofía dos siglos más tarde esperaban la aparición del angel que debía librarlos de los musulmanes, mientras Constantino Paléologo á la cabeza de auxiliares extranjeros sucumbía en los muros de Constantinopla. Los griegos de la independencia renovaron las hazañas de la edad heroica y el mundo entero acorrió á su defensa. “Entre los hombres de la guerra de emancipación los había de casi todas las razas cristianas del oriente europeo: Colettis era un valaco del Pindo, Hadji-Christos un búlgaro, Vasso un montenegrino; los audaces mari-

nos de Hydra, los indomables pallekarions de Suli: Miaulis, Tombazis, Botzaris, Tzavellas pertenecían á la raza albanesa, y sin embargo todos esos hombres, sin distinción de origen, eran griegos de sentimientos, de espíritu y de genio. Por la patria griega combatían y su nacionalidad no se hubiera podido discutir sin ofenderlos.”<sup>1</sup>

Las proezas de Canaris y de Botzaris, los horrores de Chio y los esfuerzos de Grecia expirante popularizados por el pincel de Eugenio Delacroix y las estrofas de Byron, Victor Hugo y Casimiro Delavigne arrancaron un grito de universal simpatía. De todas partes afluyeron caudales, armas, municiones; generales como Fabvier, Norman y Sir Church, almirantes como Cochranne, oficiales como Jourdain, Toutier,

<sup>1</sup> F. Lenormant, *La Grèce depuis la Révolution de 1862.*

Stanhope, Balerte, Washington, Porro, Gordon, Vouthier, Raybaud, Hastings y Santa Rosa y millares de voluntarios llenos de recuerdos clásicos, ébrios de entusiasmo, impacientes de libertar á Atenas, de reconquistar á Esparta ó de morir en las Termópilas. Con ellos pudo prolongarse la resistencia hasta la triple intervención en Navarino y el desembarco de los franceses en Morea; con ellos la disciplina reforzó el valor brillante y desordenado de los helenos; con ellos vió Grecia renacer las grandes virtudes, las acciones extraordinarias, la soberbia magnificencia de su historia; con ellos irradiaron con la aureola de un sublime sacrificio Carpenitza, Sfagia, Creta, la Acrópolis de Atenas, y, coronando la gigantesca epopeya, Misolongi, desmantelada, desierta, cubriendo con sus ruinas las tumbas heroicas del albanés

Marco Botzaris y del inglés lord Byron.

Los protocolos de 1830 que reconocieron al fin su independencia, encerrándola en límites demasiado estrechos la condenaron á la insignificancia política como estado europeo; pero la índole expansiva de la raza helena, su inteligencia y laboriosidad le dieron la supremacía moral entre los pueblos de levante. Grecia penetró en las regiones del oriente contemporáneo con religión, ciencias, literatura, artes y una prodigiosa actividad comercial, distribuyéndoles el germen de la civilización. Bajo su influencia regeneradora y fecunda el vasto imperio ruso adopta la fe, Turquía se despoja de su primitiva barbarie, el sentimiento nacional se despierta en Servia, Bulgaria y Rumania, las ideas modernas llevadas por eclesiásticos, médicos, abogados, empleados y comerciantes de origen

griego llegan hasta los lejanos confines del Asia Menor y de la Siria, y la juventud oriental que acude en masa á la ciudad de Minerva, recibe en las escuelas y en la universidad de Atenas la marca indeleble del genio helénico.

## IX

La vida nacional en una época sujeta al imperio de la fuerza bruta tuvo necesariamente que basarse en el aislamiento. "La autoctonía es la expresión de la vida aislada de las naciones primitivas que, no conociendo nada fuera de ellas mismas, toman sus horizontes por los límites del mundo. El orgullo, que se exalta en la soledad, alimenta este equivocado concepto, y una ofuscación del entendimiento causada por la ignorancia se convierte en un título de gloria. Nada caracteriza mejor la antigüe-